

CONTRA LA IDENTIDAD

LEON WIESELTIER

TRADUCCIÓN DE JUAN ALMELA



Toda cultura tiene su descripción favorita de la distinción humana. Semejantes descripciones son analíticas y homiléticas. No sólo nos nombramos lo que somos sino lo que procuramos ser. Lo cual es conmovedor pero también corrompe. Nos permite ver al uno en el otro, confundir lo que somos con lo que aspiramos a ser. Una buena regla práctica: nunca somos ya lo que debiéramos.

En nuestra cultura, entre las definiciones preferidas se han contado el alma, el *nus* (y otras apelaciones de la mente), el yo, el ego, la persona. Hoy por hoy la descripción favorita es la identidad. En los Estados Unidos —y no sólo aquí— nos está asfixiando la identidad. Y no nada más la de otros; también nos asfixia nuestra identidad propia. ¿Y si el enojo estadounidense se debiera a algo más profundo que las listas de lectura, las políticas de admisión y los esquemas de ascensos? ¿Y si nos estuviéramos presentando, mutuamente y a nosotros mismos, de una manera simplificadora y deformadora y provocadora? ¿Y si estuviéramos prefiriendo una descripción tosca y molesta?

"Echo mano de la palabra *identidad* —escribía Robert Penn Warren en 1965—, es una palabra clave. La oye uno sin cesar." Pocos años antes apareció un libro que presentaba los Estados Unidos como *The Identity Society*. La identidad, según Erik Erikson escribiendo en los años cincuenta, es "vaga", "ambigua", "insondable", "coloquial", "ingenua", "omnipresente". La identidad fue, de seguro, una de las más influyentes aportaciones de las ciencias sociales a la cultura norteamericana. ¿En verdad? Para muchos intelectuales de los Estados Unidos de la posguerra, la identidad era lo que la enajenación no era. Para Erikson era una muletilla para el final de la infancia, para el crisol de la adolescencia, para el triunfo de la socialización. La identidad olía a ánimo adolescente. (El crisol de la adolescencia: un ejemplo de sentimentalismo eriksoniano.) Por último, la influencia de Erikson sobre la obsesión norteamericana

con la identidad fue menos una teoría que un talento. Hizo de la identidad una novela.

La idea de identidad se origina, por supuesto, en la lógica. $A = A$. Esto es una afirmación de identidad y una afirmación de diferencia. Un objeto es lo mismo que todos los objetos que son como él, y es diferente de todos los objetos que no son como él. Considérese ahora una analogía entre la relación lógica y la relación social. $A = A$. La pregunta "¿cuál es tu identidad?" es realmente "¿cómo quién eres?" En otras palabras, la identidad es un eufemismo por conformidad. Anuncia el deseo de subsunción, el anhelo de ser conocido ante todo por una característica común. Digo ante todo, ya que la identidad no necesita ser perfecta para ser fuerte. Los lógicos hablan de "identidad en la diferencia". Los objetos que son iguales con respecto a un criterio de identidad pueden diferir con respecto a otro criterio de identidad. Y nunca ocurre, ni aun con objetos sencillos, que haya un criterio único de identidad. La atribución de identidad, pues, es consecuencia de una elección entre los criterios de identidad. Tenemos muchos parecidos pero no les otorgamos a todos significación.

$A = A$. Esta es también una manera de decir que $A \neq B$. Lo cual podría dolerle a B. No falta alivio, claro: que $B = B$. Sólo que esto es asimismo un modo de decir que $B \neq A$. Lo cual podría dolerle a A. La identidad es muy social pero no muy sociable. Pues la definición del individuo que proporciona es —y no en el menor grado— una definición negativa, una definición no sólo en términos de lo que uno es, sino también en términos de lo que no se es, y semejante definición de lo mismo será con frecuencia experimentada por el otro como un rechazo. La identidad es un aislamiento, una doctrina de aversión, una exaltación de la infranqueabilidad. Lo malo (y para los demócratas lo bueno) es que el aislamiento jamás es perfecto. Las fronteras son permeables y dioses ajenos, escurriéndose, las cruzan.

* * *

La identidad no debe ser confundida con la individualidad. La individualidad es antigua, la identidad es moderna. En su último ensayo, 1938, Marcel Mauss observó: "Es claro que nunca ha existido un ser humano que no haya tenido conciencia no solamente de su cuerpo sino al mismo tiempo de su individualidad, tanto espiritual como física." Es más pausable imaginar la identidad como solución al problema de la individualidad.

* * *

Nunca pasa mucho tiempo antes de que la identidad se reduzca a lealtad.

* * *

Una afiliación no es una experiencia. Es, a decir verdad, un sustituto de la experiencia. Donde falta fe en Dios, perdura todavía la identidad religiosa. Donde la cama está fría y vacía, la identidad sexual sigue. Donde han sido olvidadas las palabras de los padres continúa habiendo identidad étnica. Mientras más se enrarece la identidad, más suena.

* * *

En los Estados Unidos, la cosa más dura es ser blandamente lo que uno es.

* * *

La identidad privada es un oxímoron. La identidad es pública; consiste en cómo es uno conocido. La identidad secreta, en contraste, es enteramente posible. No es un reflejo de realidades interiores sino de realidades exteriores. La identidad secreta es una estratagema para sobrevivir, la improvisación característica de una minoría en peligro. Tiene un pasado largo, desolado. La historia de los judíos está repleta de casos de autoocultamiento desesperado y digno, del modo más dramático en la España del siglo XV; lo mismo pasa con la historia de la homosexualidad. (Con todo y la angustia afroamericana por "pasar", una de las dificultades definitivas de esta minoría es que no se puede ocultar su identidad.)

* * *

En malos tiempos, la identidad no es lo mismo que en los buenos. La expresión vigorosa de la identidad frente a la opresión no es un ejercicio de narcisismo sino de heroísmo. Y las cualidades de la identidad que parecen enojosas en buenos tiempos —el carácter solda-

desco y la obsesión con la solidaridad, la renuncia al desenvolvimiento individual en nombre del colectivo, la confianza en la acción simbólica, la creencia en la crueldad del mundo y la perennidad de la lucha— son precisamente las cualidades que proporcionan los fundamentos sociales y psicológicos para resistir. De ahí que sea impertinente dirigir la crítica de la identidad a aquellos cuya existencia está amenazada. Con todo, a veces llega la justicia. Y cuando llega es a veces desconcertante, ya que propone la paz a quienes están dispuestos para la guerra. La identidad que alteró ayer la historia resulta superflua hoy. La discontinuidad externa requiere una discontinuidad interna, dolorosa. A menos que se consiga una ruptura de identidad, habrá justicia, pero paz no.

* * *

La identidad se afana demasiado por celebrarse ella sola. (¿O será sólo la identidad judía?)

* * *

¿Quién eres? Hasta cuando sabes la respuesta, no es una pregunta fácil.

* * *

El conjuro de la identidad no es difícil de comprender. Pesadilla de Hume podríamos llamar nuestra situación. Con su afligida discusión de la identidad personal, Hume concluyó su búsqueda del "objeto ininterrumpido e invariable". No consiguió encontrarlo. Halló en cambio que "la mente es una especie de teatro... Nuestros ojos no pueden girar en sus órbitas sin variar nuestras percepciones. Nuestro pensamiento es todavía más variable que la vista, y todos nuestros demás sentidos y facultades contribuyen a este cambio, sin que haya tampoco una sola potencia del alma que se mantenga inalterablemente igual, así sea por un momento". No había nada constante, nada firme, nada sólido; sólo asociaciones y pautas de asociaciones. Las páginas de Hume fueron escritas en tono de afable desesperación. ¡Y faltaban dos siglos para nuestra bacanal de asociaciones! Nunca han sido las estimulaciones más veloces o crueles que hoy en día. La tecnología de la información, que nos hace prosperar y sufrir, hace que la confusión que acongojaba a Hume parezca ordenada, y su teatro mental se diría un lugar de descanso. Estamos dispersos como nunca, solicitados como nunca. Hume se consolaba algo con el funcionamiento de la memoria, que confiere un sentido de continuidad, pero en el mundo moderno la memoria está desapareciendo ante el asalto de las asociaciones. Cargamos con demasiado. Nos caemos

de nuestras manos y necesitamos un cesto. Ese cesto se llama identidad.

...

Anhelamos especificidad, pero también nos gusta escabullirnos de ella. Queremos ser una cosa, pero ya no esta cosa o de nuevo aquella otra. Tememos no ser nada y fantaseamos con serlo todo, pero no advertimos que todo es una versión agitada de nada. Un bravo a la identidad, pues: impone disciplina. Es la enemiga del "yo proteico".

...

Un propugnador del "yo proteico" lo ensalza por su "fluididad radical, sabiduría funcional y búsqueda de cuando menos forma mínima", lo cual constituye la respuesta adecuada al "correr de nuestro tiempo". "El yo proteico" —afirma Robert Jay Lifton— se caracteriza por un "equilibrio serial" y "configuraciones rodantes". "Puede trascender tiempo y espacio, contener simultáneamente elementos de periodos históricos muy divergentes y de igualmente divergentes lugares geográficos y culturales. El yo proteico no tiene por qué estar precisamente aquí o allá, sino que puede estar aquí y allá..." Y así sucesivamente. Lifton tiene razón en cuanto a la resiliencia del yo, pero no hay duda de que la resiliencia es la antítesis de la maleabilidad. Cambiar es sobrevivir mas no resistir. Y "aquí y allá" no es un truco fácil. Hay diferencia entre vivir doblemente y vivir promiscuamente. El "yo proteico" es el yo promiscuo, el yo suave y somero, el yo que asume el punto de vista del consumidor como ideal de vida, el yo que juzga la tragedia una clase de estrés, el yo al cual aterra el silencio. Lifton ha dado la psicología del posmodernismo. (Y del clintonismo.) Proteo —recuérdese— no era resiliente, era escurridizo. Tenía su objetivo al transformarse en león y en serpiente y en jabalí y en árbol, pero no era el cultivo de su personalidad. Asumía sus formas para no tener que contestar las preguntas de Menelao. Era un truquista, en resumen: un excelente dios marino posmoderno. La identidad, cuando menos, está presta a enfrentar preguntas.

...

Toda herencia es un accidente. Tal es lo que la identidad religiosa, sexual y étnica está proyectada para que uno olvide. Sustituye un sentimiento de contingencia por uno de necesidad. Pero no es necesario ser necesario si está uno dispuesto a trabajar. No es vergonzoso ser accidental. No me avergüenza el haber podido no ser hombre o judío. Es más, la conciencia de que podría no haber sido hombre o judío me arma de paciencia hacia tantas cosas como podría haber sido. Un

sentimiento de contingencia es un impedimento provechoso a la vanidad. De cualquier modo, es posible enorgullecerse de la propia suerte: no como enorgullece lo que uno ha hecho, sino como enorgullece lo que se ha comprendido.

...

La identidad imparte un sentimiento de lo interior, pero que nos es impartido desde el exterior. El mapa de lo interior y lo exterior debe ser correcto. El exterior es vasto. El país al cual pertenezco es exterior. La gente a la que pertenezco es exterior. La familia de la cual formo parte es exterior. Dentro sólo están mi cuerpo y mi alma. Desde el principio reconozco esta familia como la mía y este pueblo como mi pueblo y este país como mi país, aunque no del modo como reconozco este cuerpo como mi cuerpo y esta alma como la mía. No estoy desprendido ni de mi familia ni de mi pueblo ni de mi país, pero tampoco somos lo mismo. Tengo que traerlos hacia adentro desde afuera, si es que los he de amar por una razón superior a la circunstancia. La circunstancia es mezzquina razón para amar.

...

La identidad vive de hechos: eres hijo de esta mujer y este hombre, de este vecindario, esta ciudad, este pueblo, esta fe, este país. Pero hay un hecho al cual la identidad no atiende, y es el hecho de la individuación: no eres nadie más y nadie más es tú. Y no hay más rotunda experiencia de facticidad que la experiencia de la individuación, de la cual sólo el dormir libera.

...

No es justo atacar el grupo por no conseguir suprimir la soledad. Pero tampoco está bien que el grupo prometa suprimir la soledad.

...

En uno de sus discursos dice Kierkegaard que es más fácil para quien no es cristiano llegar a serlo, que para quien es cristiano volverse cristiano. Siempre estoy en desventaja hacia mi propia tradición. No sólo me estimula mi intimidad con lo que se me ha dado; también me entorpece. Carezco de la vigilancia del ajeno. Debía conducirme hacia la tradición que me ha tocado en suerte lo mismo que el actor que ha representado mal una escena: debería salir y volver a entrar.

...

Saber que una cosa es tuya es poco saber de ella.

* * *

Está la emoción de descubrir lo propio, pero también la de descubrir en qué difiere uno de lo propio. Esto me lo enseñó el estudio de textos hebreos medievales. Cuántos me eran tan hondamente extraños. Experimenté el choque de una falta de reconocimiento. A fin de entender muchos de aquellos documentos peculiares, vivaces, hinchados y bellos, tuve que aprender a imaginar judíos. Adquirí aquella habilidad abandonado mi "identidad judía" en la puerta del aula. Pues es un axioma de la susodicha identidad que un judío es un judío, sólo que el estudio de la historia revelaba que tal axioma era una ficción necesaria. No sólo éramos una cosa sino que también éramos muchas. La complicación era deliciosa. Aquí había diversidad pero por dentro. De niño se me había enseñado que era mi deber optar por lo judaico y siempre he estado presto, pero me emocionó darme cuenta de que también debía elegir entre modalidades judaicas. Esto tornaba vital la tradición. De manera que me puse a adquirir el conocimiento que haría falta para juzgar mis propios patrimonios. Pocos años después, en la misma sala del piso superior de la biblioteca, leí lo siguiente en una historia de Hawthorne: "Agradecemos a Dios por habernos dado tales antepasados, y que cada sucesiva generación le dé gracias no menos fervientemente por estar un paso más lejos de ellos con el correr de las edades."

* * *

Es importante diferenciar entre identificarse y justificarse uno. En los Estados Unidos la identidad es tan espasmódica y flexible, en no poca medida, por ser tantas veces zurcida con fines de autojustificación, y esta constante demanda de autojustificación es una sangría a la dignidad norteamericana. Hay que defenderse, por supuesto, si se es atacado por ser negro, homosexual, mujer, judío o católico, pero hay que soñar con ser más que un defensor de uno mismo. Afirmar tu derecho de ser algo no significa todavía serlo.

* * *

El señuelo de la identidad es el de la compleción. Propone liar las partes y fragmentos de una vida y transformarlos en una unidad, en una vida sumada. Esto provoca una satisfacción mixta, psicológica y estética. Pero ¿de veras no hay nada peor que una vida sin sumar? La vida así totalizada es, de seguro, la más cómoda. Erikson tenía razón al observar que "un sentido creciente de identidad... es experimentado como sentido de bienestar psicológico", pero al admitirlo quedaba malparado.

* * *

El deseo de compleción es indistinguible del deseo de muerte. Sólo la religión es suficientemente franca para decirlo.

* * *

En el mundo moderno la cosa más cruel que puede hacerse a la gente es avergonzarla de su complejidad.

* * *

Una vida sin sumar no es una vida de ironía. Muy al contrario. Su logro está en contener dentro muchas cosas que no casan, carentes todas de ironía. La ironía solía lucir un aire valeroso, en una época en la cual la incoherencia era ocasión de dolor. Pero estamos en una en que la incoherencia es ocasión de placer. (El nombre de dicho placer es posmodernismo.) Así, el aspecto de la valentía tiene que buscarse en la literalidad, en tomar palabras e ideas y cosas por lo que son y seguirlas hasta muy lejos.

* * *

Dos bravos a la identidad: es la enemiga de la ironía.

* * *

Oigo decir de alguien que lleva una doble vida. Pienso para mí: ¿Sólo dos?

* * *

En los Estados Unidos, los tribunos de la identidad son los tribunos de la diversidad, pero ellos cargan con la broma. Sus metas son contradictorias. Diversidad quiere decir complejidad. Identidad significa simplicidad. Quienquiera tome en serio la diversidad se dará cuenta de que es una ilusión. Los multiculturalistas replicarán que no hay contradicción, que la norteamericana es una sociedad compleja de individuos diferentemente simplificados, una sociedad multicultural de personas monoculturales. Pero entienden mal los Estados Unidos. El logro estadounidense no es la sociedad multicultural sino el individuo multicultural. Y es a este individuo al que temen los tribalistas y tradicionalistas (no son siempre los mismos). La identidad es una promesa de unicidad, pero una promesa falsa. Muchas cosas son posibles en los Estados Unidos, pero la unicidad de identidad no está entre ellas.

* * *

No "mi identidad" sino "mis identidades". Hay mayor verdad en el plural. Hay también mayor probabilidad de decoro. El individuo multicultural es una figura de fricción moral. En semejante individuo el que se mofa y el que burla y el que mata pueden dar en el blanco.

* * *

Para Erikson, "la formación de identidad se inicia donde concluye la utilidad de la identificación múltiple". Pero la utilidad de la identificación múltiple no concluye nunca.

* * *

La ausencia de coherencia no es todavía incoherencia.

* * *

¿Sobre qué fundamento acepta uno la propia identidad? Si los fundamentos son internos, entonces la identidad de uno es débil. Si son externos, entonces la identidad de uno es fuerte —sólo que en tal caso hay en el mundo un principio más poderoso que la identidad, al cual debemos recurrir todos.

* * *

El fervor con que se creía una proposición no dice nada acerca de su verdad. Salvo por sus consecuencias prácticas, la pasión no viene al caso.

* * *

Los multiculturalistas son hijos de Herder. (Los afrocentristas sobre todo.) Han creado un culto a la incommensurabilidad. Pero si las diferencias entre individuos y grupos fuesen tan copiosas como los multiculturalistas creen, ni siquiera el multiculturalismo sería posible. Todo mundo estaría encerrado en subjetividad. Sólo habría total silencio o guerra total.

* * *

Malentendimiento, prejuicio, conflicto: todos tributos torcidos a la posibilidad de objetividad. Se dan en un terreno común y lo estropean. De ahí que se puedan corregir, refutar y resolver.

* * *

El secreto del universalismo es que funciona.

* * *

Si no puedo explicarme a quienes son distintos de mí, pierdo mi gusto de explicarme a quienes sí son como yo.

* * *

No tiene objeto conducir a los demás a lo que estimas, si crees que no pueden seguirte. El orgullo por la propia diferencia no tiene sentido si las diferencias ciegan y los demás no ven.

* * *

"La razón por la cual toda el agua se dice ser específicamente igual que toda otra agua reside en cierto parecido que tiene con ella, y la única diferencia en el caso del agua sacada del mismo manantial está en que el parecido es más enfático." Esto viene de la discusión de la igualdad por Aristóteles en sus *Tópicos*, I, 19-22. Qué hermosa expresión de tolerancia, hacia lo universal y lo particular. Por desgracia es imposible establecer una política a partir de una metáfora.

* * *

La autenticidad es un criterio mísero para apreciar una idea o una obra de arte o una política. La autenticidad es una medida de la procedencia, y la procedencia no tiene nada que ver con la sustancia. Una idea puede ser nuestra y, con todo, ser falsa. Una obra de arte puede ser nuestra y, con todo, ser fea. Una política puede ser nuestra y, con todo, ser mala.

* * *

La autenticidad es un ideal reaccionario. Estrictamente hablando, es un antiideal. Afirma: lo que ha sido es lo que debe ser. Es la idolatría de los orígenes.

* * *

A = A. Gran negocio.

* * *

En la discusión del multiculturalismo ha abundado la indignación en torno al relativismo entre las tradiciones, pero también existe el relativismo dentro de las tradiciones. Este último es una consecuencia del multiculturalismo que no ha sido suficientemente señalada. Cuando una expresión es juzgada en cuanto a su autenticidad, se desploman distinciones de valor dentro de una tradición.

Lo he observado en la comunidad judía estadounidense, donde la comida y la filosofía son apreciadas a veces con el mismo espíritu, ya que ambas son expresiones judías y, así, satisfacen la misma necesidad. No en los mismos individuos, por supuesto, sino en el mismo grupo, que es lo que cuenta. Pero Maimónides no es como un tazón de sopa. Maimónides fue una de las mentes más extraordinarias en la historia del pensamiento humano. Los judíos que se entusiasman con la *Guta de perplejos* por ser obra de un judío, no yerran, aunque se empobrecen; se privan de la exquisita satisfacción de topar con algo de importancia universal en medio de lo propio.

Hombre blanco, sentado en mi cuarto, escucho *East Louis Toodleo* y *Lull at Dawn* y *Things Ain't What They Used to Be* y *Blood Count*. Estoy seguro de que no escucho estas piezas como lo hace un negro. Pero estoy seguro también de que las oigo bien, de que las escucho como música. Si va uno a apreciar a Ellington por la razón de haber sido un negro, no hace falta escucharlo. Con igual ardor se le valoraría siendo uno sordo.

"Amo esto porque es mío." Tal es el lenguaje de la identidad. Debidamente traducido quiere decir: no lo amo, me amo.

Puedes cambiar de religión pero no de abuelo, decía un liberal judío alemán decimonónico que cambió de religión. Esta declaración me repele. Es barata, tal como la identidad puede ser barata. Espera que los padres hagan el trabajo de los hijos. Este hombre deshonró a su abuelo y entonces contó con su abuelo para que lo salvara de la deshonra. La finalidad de los propios orígenes no debe asegurar contra el juicio de las propias acciones. También debiera ser más arduo cambiar de religión que de abuelo.

Forma parte del hechizo de la identidad el ser recibida. De otra suerte no podría uno disfrutar la sensación de ser un eslabón en la cadena de transmisión. Pero esta pasividad es en parte un artificio. Las visiones del mundo no son sólo dadas sino también hechas. En años recientes los historiadores han escrito mucho acerca de "la invención de tradición", algunos con cierto exceso de pasmo. No es precisamente una novedad que la gente meta cosas en su pasado y luego pretenda haberlas encontrado allí. No obstante, los historiadores atinan en

algo. La identidad dispone de un papel para la actitud receptiva, pero no es por la actitud receptiva por lo que crecen las tradiciones. Una tradición transmitida más o menos como es recibida no durará mucho.

Lo que es hecho debiera celebrarse tanto como lo que es dado, y no menos por estar hecho con lo que estaba dado.

Tal vez la identidad sea una especie de realismo acerca de los asuntos humanos. Acaso la otra posibilidad sea un absurdo nietzscheísmo según el cual debemos, al cepillarnos los dientes cada mañana, volver a iniciarlo todo e idear los fundamentos de nuestro mundo. ¿Quién realmente es así? (Richard Rorty no.) Pero se trata de una elección inaceptable. El mundo no es ni completamente estable ni completamente inestable. Lo mismo es cierto del yo. La vida de la identidad, sin inflexiones, pide demasiado poco, pero la inflexión de la identidad no es cosa insignificante. Habría que honrarla. Y una bendición a quienes empiezan por el principio.

La identidad es un fijador y actúa sobre los elementos de una vida lo mismo que el fijador sobre los elementos de un dibujo: los mantiene juntos y les ayuda a resistir la luz.

Erikson estableció una distinción entre la noción de totalidad y la noción de compleción. "Por decirlo en una frase: cuando el ser humano, en virtud de desplazamientos accidentales o de desarrollo, pierde una compleción esencial, se reestructura, y también el mundo, recurriendo a lo que podemos llamar totalismo." Esto fue escrito en 1954, cuando estaba en su apogeo el análisis del totalitarismo. La identidad, en opinión de Erikson, permita consumir una "compleción muy deseada", pero el totalitarismo era una inhibición de la identidad, en lugar de la cual ponía formaciones regresivas de la totalidad. Desde el punto de vista de la política, sin embargo, la distinción de Erikson entre compleción y totalidad es trivial. Búscase la compleción y se encontrará la totalidad. El hambre de compleción siempre juega en manos del hambre de totalidad. En otras palabras, los monstruos de la historia moderna tenían cómo usar la identidad. Antes de la política de la identidad de los años ochenta

ta y noventa hubo la política de la identidad de los treinta y cuarenta. Sarajevo es la capital de esta continuidad. La ciudad enseña cómo el nexo entre identidad y moralidad puede ser triturador.

La compleción es irreflexiva pero la totalidad es lista.

La identidad siempre mirará con suspicacia al despren-

dimiento. Pero el desprendimiento no quiere decir que uno no se conozca. Significa que ha salido uno de sí. Es la autodenegación del fuerte.

La pureza es lo opuesto de la integridad.

Sólo quien poseyera una identidad comprendería por qué quisiera uno liberarse de ella. ☞

AL CERRAR LA EDICIÓN

El 22 de octubre el canal 11 de televisión transmitió un programa en el que se reunieron los dirigentes de los tres partidos mayoritarios del país. El conductor, Fernando Escalante, moderó un diálogo equilibrado que fue preámbulo, en primer término, del nuevo encuentro para la Reforma del Estado iniciado dos días después entre el gobierno y los partidos con representación en las Cámaras y, en segundo lugar, anunció lo que esperamos sea en el futuro una práctica normal: una discusión política civilizada, pública y equitativa.

Dicho diálogo dejó ver coincidencias fundamentales sin ignorar las diferencias y los desacuerdos. Mostró, sobre todo, una moderación en las posturas de los partidos, lo que ha permitido un nuevo acercamiento, sin intransigencia, para llevar a cabo una reforma paciente y a la vez rápida. Aunque el PRD y el PAN habían abandonado la mesa del diálogo político nacional convocada en enero por diferendos en las elecciones de Tabasco y Yucatán, las pláticas no estaban rotas: continuaron en otros foros estatales y locales. La reiniciación del diálogo formal era ya ineludible y necesaria.

Lo más urgente es establecer reglas electorales definitivas y aprobadas por todos que permitan elecciones inobjectables. Aprobadas por todos, para evitar las rupturas y las acusaciones mutuas cuando los resultados no sean favorables para algún partido. Lo contrario llevaría de nueva cuenta a las imposiciones del gobierno por un lado y al radicalismo opositor por el otro. En la discusión durante el programa televisivo se llegó al acuerdo, no menos importante, de definir los límites estrictos de nuestro excesivo presidencialismo mediante la fiscalización del ejecutivo y la plena independencia de los poderes legislativo y judicial. Asimismo hay que destacar la decisión común de llevar a cabo finalmente un proyecto que desde el siglo pasado

tratamos de hacer realidad: la autonomía de los estados, el federalismo.

La captura de Fernando Yáñez, comandante Germán, ha introducido un nuevo elemento de litigio. Desde el punto de vista jurídico, deben aclararse plenamente las acusaciones de que ha sido objeto y dejar claro si Fernando Yáñez es o no beneficiario de la amnistía decretada a los miembros del EZLN mientras se desarrollen las negociaciones de paz en Chiapas. Por otra parte, no hay que olvidar, como han querido algunos comentaristas que le han dado un matiz ideológico a esta captura, que Yáñez Muñoz es uno de los fundadores de las Fuerzas de Liberación Nacional. La directiva de esa organización, de la cual formaba parte Yáñez Muñoz, es responsable de varias "ejecuciones", no sólo de sus enemigos ideológicos o de clase, sino también de algunos de sus miembros. Ojalá que la captura de Yáñez Muñoz no impida la continuación de las negociaciones en Chiapas. El gobierno debe tomar en cuenta tanto los aspectos jurídicos como políticos.

En esta alentadora reunión televisada, los participantes demostraron la voluntad de encontrar leyes equitativas que permitan una transición concertada y la adquisición por parte de los mexicanos de una cultura verdaderamente democrática. Coinciden así con lo que hemos afirmado más de una vez: "Ahora se habla mucho de democracia en México sólo que, en general, se la reduce a una serie de ideas y conceptos. No, la democracia también es una práctica. A su vez, las prácticas sociales, al arraigarse, se convierten en hábitos y costumbres, en maneras de ser. Para que la democracia funcione realmente debe haber sido previamente asimilada e incorporada a nuestro ser más íntimo. La democracia debe transformarse en una vivencia".